Las líneas que se veían de lado

Relatos Cortos · Shyvirelle · Obra original

En el archivo lunar, los documentos delicados no se tocaban con las manos. Iria los observaba a través de una vitrina, con las lámparas del laboratorio ajustadas para no calentar el vidrio. Llevaba ocho años conservando mapas, tratados de navegación y diarios de los primeros asentamientos. Nunca había encontrado un texto que se negara a permanecer escrito.

La lámina llegó en una caja de transporte con tres soportes y una ficha breve: «Acuerdo de convivencia, sector de Sombra, año 46 de la colonia». A simple vista era transparente, salvo por algunas líneas pálidas que parecían arañazos. El escáner del laboratorio produjo una superficie casi vacía.

—Puede haber perdido el pigmento —dijo Jan, ayudante de conservación.

Iria inclinó la cabeza para examinar el borde. Los arañazos se transformaron en letras. Tuvo que moverse unos pasos hacia la izquierda para leerlas y, cuando intentó señalárselas a Jan, desaparecieron.

—Ponte aquí —le pidió.

Jan ocupó exactamente su lugar, con el hombro izquierdo frente a una pequeña marca de la vitrina. Vio una secuencia de signos alargados, formada por líneas que se cerraban en ángulos. No eran arañazos. Al agacharse para fotografiarla, la inscripción volvió a borrarse.

Trabajaron toda la mañana hasta establecer una posición repetible. Con la lámina vertical y la lámpara fija detrás, el primer texto aparecía al mirar desde veinte grados a la izquierda de la perpendicular. De frente, ninguna frase era legible. Desde la derecha se veían manchas de otra forma.

Iria encontró una segunda alineación al desplazarse veintisiete grados hacia la derecha. Entonces aparecieron letras redondeadas, con un punto en el centro de varios signos. Había dos alfabetos y ambos estaban en la misma lámina. Se superponían sin coincidir nunca. Cuando uno se ordenaba para ser leído, el otro se dispersaba en trazos sueltos.

—Es como si el vidrio eligiera a quien mira —dijo Jan.

—No elige —corrigió Iria—. Nos pide dos posiciones distintas.

La lupa mostró la causa. La lámina no era una sola pieza, sino dos capas ópticas muy finas unidas sin adhesivo visible. En cada capa se habían grabado surcos microscópicos que devolvían la luz hacia un ángulo preciso. El aparato de escaneo, instalado para buscar una imagen frontal, promediaba ambas respuestas y no registraba ninguna.

El problema siguiente fue la lectura. Los signos rectos correspondían al alfabeto usado por las familias de las galerías subterráneas. Los redondeados eran el sistema empleado en los

módulos abiertos a la superficie. Iria consultó un glosario de aquella época, elaborado cuando ambos grupos compartían instalaciones sin compartir todavía todas sus palabras. No tradujo nada al primer intento. Marcó los signos seguros, dejó espacios para los dudosos y pidió a Jan que revisara cada correspondencia.

La primera versión decía, con las reservas propias de una traducción de archivo: «Durante las tres noches de tormenta, el refugio de la galería permanecerá abierto a quienes lleguen de la superficie. Ninguna persona será obligada a salir antes de que termine el peligro».

Jan se acercó a la segunda posición. Allí la inscripción comenzaba de otro modo: «Durante las tres noches de tormenta, el agua del depósito seguirá bajo cuidado de los módulos de superficie. Cada amanecer se revisará cuánto puede entregarse al refugio sin comprometer las reservas».

No eran dos maneras de escribir lo mismo. Una hablaba de la puerta del refugio y de las personas que podían permanecer dentro. La otra hablaba del agua y de quién debía decidir sobre su distribución. En ambas aparecía una marca de aceptación, pero las marcas estaban grabadas en capas diferentes.

—Si publicamos solo una, parecerá que el acuerdo trataba de una sola obligación —observó Jan.

—Eso es lo que hicieron los catálogos anteriores —respondió Iria.

Buscó el expediente antiguo. Una restauradora había descrito la pieza medio siglo antes: «Tratado de hospitalidad, traducción provisional». Su fotografía mostraba únicamente la lectura desde la izquierda. En una revisión posterior, otro investigador había añadido que el documento «cambiaba de idioma según la luz», y concluyó que se trataba de una traducción del primer texto, probablemente incorporada años después.

La conclusión parecía razonable desde el frente del escáner, pero no desde el borde. Los dos juegos de surcos penetraban en capas fabricadas juntas. Ninguno cubría al otro. Iria encontró, además, una anotación de fabricación en el canto: dos grupos habían solicitado expresamente que el vidrio conservara ambas lecturas sin elegir una como principal.

El director del archivo acudió a ver el hallazgo. Escuchó las traducciones y propuso reunirlas en una sola frase para la exposición: «Las dos comunidades acuerdan compartir refugio y agua durante la tormenta». Era breve, comprensible y cabía en el rótulo de una vitrina.

—No dice quién puede permanecer ni quién controla el depósito —replicó Iria—. Si las fundimos, parecerá que hubo una promesa conjunta que nadie escribió.

—¿Pretendes poner al público a caminar de un lado a otro para leer un tratado?

—Eso fue lo que tuvieron que hacer quienes lo firmaron.

El director preguntó si al menos podían llamar a la segunda una traducción. Iria puso las dos transcripciones sobre la mesa. Señaló los signos referentes a puerta, salida y refugio en una; agua, amanecer y depósito en la otra. Los equivalentes no estaban en la misma posición porque los textos no contenían las mismas ideas.

—Una traducción puede cambiar la forma de decir algo —explicó—. No puede inventar una obligación distinta y fingir que es la misma.

Días después montaron la lámina en una sala pequeña, con una luz estable y dos líneas discretas marcadas en el suelo. Desde la línea izquierda se veía el acuerdo de acogida. Desde la derecha, el acuerdo sobre el agua. En medio había una mesa con ambas transcripciones, cada una identificada por su posición y con los términos inciertos señalados. Nadie había intentado fabricar una frase común.

La primera visitante fue una niña que llegó con su abuelo. Se colocó a la izquierda, leyó la versión del refugio y luego cruzó a la otra marca. Su abuelo permaneció en el centro y protestó porque no veía nada.

—Tienes que venir hasta aquí —le dijo ella—. No se puede leer desde el mismo sitio.

Iria observó cómo el hombre daba unos pasos y cómo la inscripción redondeada, hasta entonces invisible, adquiría forma ante sus ojos. El acuerdo lunar seguía sin decir si aquellas comunidades habían sido generosas, prudentes o desconfiadas. Conservaba, en cambio, la prueba de que habían querido dejar dos compromisos distintos sobre un mismo vidrio.

Al cerrar la sala, Iria apagó las lámparas laterales. Las letras se deshicieron en la oscuridad. No había perdido ninguna: volverían cuando alguien ocupara las dos posiciones necesarias para encontrarlas.